pretexto que fuese, es retractarse, y querer guiarse a sí mismo. Fijarla ciertos límites determinándose a no traspasarlos, es poner reserva a nuestra dedicación: y no hay cosa más injuriosa a Dios, ni más perjudicial a nuestro provecho espiritual. ¿No es dudar de la bondad de Dios o de su omnipotencia, creer, o que no quiere o que no puede sacar a una alma de todos los malos pasos de los peligros más extremados, en que se empeña apoyada en su palabra, y por una ciega sumisión a su voluntad? Es absolutamente imposible que Dios falte a esa alma, y que no la socorra a tiempo conveniente: esto seria faltarse a sí mismo. A él solo toca juzgar hasta dónde debe llegar la prueba, y señalar el momento preciso en que vendrá a su socorro. Que se deje, pues, en sus manos y diga como Job: «Aunque me quite la vida, esperaré en él».

XXI

La devoción conduce menos al propio conocimiento que al de Dios: y así como la confianza es fruto del conocimiento de Dios, la humildad lo es igualmente del conocimiento de sí mismo.

El hombre no se conoce, ni puede conocerse por sola la luz natural; y por falta de este conocimiento es soberbio. Pero, desde el momento en que se dedica a Dios es alumbrado por una luz celestial que le abre los ojos: comienza a verse tal cual es, lleno de miserias, débil, repugnante al bien, e inclinado al mal. Por medio del recogimiento que lo hace atento a sí mismo, conoce luego que hay en él dos hombres, de los cuales el uno es enemigo del otro; que la vida espiritual no es mas que una serie de combates que es menester sostener, y de violencias a que

es preciso sujetarse. La experiencia le instruye todavía mejor: ensayándolo conoce cuán difícil es vencerse y luchar contra las malas inclinaciones; cuánto tiempo y cuántos esfuerzos exige la corrección del menor de los defectos de que está lleno; cuánto le cuesta la práctica de la virtud, por grande que sea el amor que ha concebido por ella; qué resistencias opone a la gracia; de cuántas flojedades, negligencias, infidelidades, se hace culpable cada día; cuán frágil es su voluntad, cuán débiles sus resoluciones, cuán infructuosos sus buenos deseos; qué imperio tienen sobre él el mundo, el demonio y la carne; y que sin un especial y continuo socorro de Dios caería a cada instante.

Este conocimiento experimental de sí mismo, junto con las luces que recibe de lo alto, le inspiran la humildad, que no es otra cosa que el sentimiento y la convicción íntima de ese desdichado fondo de corrupción que cada uno trae consigo desde que nace, que la edad y las ocasiones desarrollan, y que es el germen de nuestras pasiones y vicios. Cuanto más adelanta este conocimiento tanto más profunda es esta convicción, y mas se arraiga en el corazón la humildad.

De aquí dimana el menosprecio de sí mismo, la desconfianza saludable de sus fuerzas, la preferencia sincera que da a los otros sobre sí, creyéndolos mejores que él, o a lo menos poniendo en duda, que si hubiesen ellos recibido las mismas gracias, las habrían aprovechado mejor. De aquí todavía la confusión que siente a vista de los favores que Dios le hace por la estima y miramientos que le tienen por él, y por las alabanzas que se le tributan. En vez de elevarlo todo esto, lo rebaja y envilece a sus propios ojos. Si hace reflexión sobre sí mismo, no es sino para mas humillarse; no ve sus virtudes, ignora sus progresos, y sus victorias no las atribuye sino a Dios, y sus caídas a sí mismo.

XXII

La verdadera devoción anda en cuanto le es posible por el camino más sencillo y más trillado; sigue la vía común y huye de los senderos torcidos: tiene horror a la singularidad, temiendo siempre ser notada y distinguida, y su atractivo es ocultarse y confundirse entre la multitud. Como es amiga de las virtudes y prácticas que son menos brillantes, pero más sólidas, las prefiere a todas las demás. Es la humilde y tímida violeta, que no osa presentarse al público; se deja pisotear bajo la yerba que la cubre, y exceptuando lo que debe al buen ejemplo y a la edificación del prójimo, cuida mucho de ocultar su conducta al conocimiento de los otros.

En ella todo es natural; nada hay de afectado ni de exquisito. Lejos de desear los dones extraordinarios, se cree indigna de ellos, y pide sin cesar a Dios que no haga en ella ninguna cosa que pueda llamar la atención de los hombres y la de la menor consideración; no desea emular a los Santos que se han distinguido por sus milagros; que han tenido visiones, revelaciones, el don de profecía y otras gracias singulares, y que han sido la maravilla de su siglo.

Admira y respeta a aquellos en quienes han brillado todos estos dones; pero ella escoge por su herencia la oscuridad, el desprecio, la ignominia de no ser nada, de no ser conocida sino por sus defectos, o del todo ignorada y olvidada.

Las buenas obras que hacen ruido en el mundo no son de su agrado; prefiere las que solo tienen a Dios por testigo. Recomienda el secreto a las personas a quienes hace bien, y aun les oculta cuanto puede el origen de sus beneficios. A sí misma quisiera ocultarlo, y que su mano izquierda ignorase lo que hace la mano derecha: echa en ol-

vido lo que ha hecho, y reputaria como un crimen la menor satisfacción y la más ligera complacencia.

Los devotos de este carácter son tan raros, que podría creerse que acabo de pintar un retrato imaginario. No obstante los hay; y por lo mismo que no tienen nada que les distinga, nos los figuramos mas raros de lo que realmente son. En cuanto a los otros, en muchos de ellos no veréis sino singularidad, ostentación y afectación: tienen su aire, su compostura, su modo de vestir, su lenguaje y su conducta peculiar. Algunos se sujetan a oraciones extraordinarias, haciendo vanos esfuerzos para sostenerse en ella; su imaginación los seduce; el demonio los engaña; el orgullo los posee. Es menester que tengan prácticas, oraciones que no sean sino para ellos solos; se desdeñarían de unir sus voces a las del pueblo para cantar las alabanzas de Dios.

¡Cuántas devotas tienen en la iglesia lugares señalados, en donde están como en perspectiva tanto por la comodidad como por la distinción! ¡Mirad cómo oran, cuán estudiado, incomodado y forzado está su exterior! Los libros de piedad más sólidos y que están mas en uso no son los que ellas leen: buscan libros místicos que tratan de estados los más elevados; alimentan con ellos su curiosidad, se lisonjean de gustarlos, mientras que ni siquiera los entienden. Todo el provecho que sacan consiste en retener algunos términos singulares, de los que hacen ostentación en las ocasiones, vendiéndose por almas de una espiritualidad sublime.

¿Quién creyera que un orgullo tan refinado se insinúa de tal manera en la piedad? ¿Quién creyera que hubiese personas que no se dedicasen a Dios sino para buscarse a sí mismas; que no aspirasen a la santidad sino para tener fama de ella, y que colocasen todo el fruto de la virtud en aplaudirse y en ser aplaudidas de los otros?

No quiero decir que esta especie de devotos sean todos

hipócritas, ni que lo que acabamos de decir convenga a cada uno de ellos en todo el rigor de la expresión: pero digo, y no deja de ser verdadero, que muy pocos fundan su devoción sobre la humildad; que el orgullo, el mas sutil de todos los vicios, es del que menos nos precavemos; que sin comparación es el más peligroso y el que acierta mejor a cegarnos; que es el mas profundamente arraigado en el corazón del hombre, el más difícil de combatir, y el que mas tiempo y trabajo nos cuesta extirpar. Digo que es más temible para las personas que hacen profesión de una gran piedad, que para las otras, porque a la virtud es a la que principalmente se apega y de la que es propiamente el gusano que la roe y la corrompe; que nunca será demasiada la precaución que se tome contra él, y que si se le echa de una parte luego entra por otra.

¿Queréis saber cual es la piedra de toque de la verdadera devoción? Pues es el amor de las humillaciones. El que las desea sinceramente, el que hace de ellas el grande objeto de sus oraciones, el que las recibe con alegría interior, a pesar de las rebeldías de la naturaleza, el que da gracias a Dios por ellas, es que las mira como el bien más precioso y nada hace para sustraerse de ellas, el que se alegra de que sus faltas sean conocidas, y no siente que le echen en cara sus defectos, que se dude de su virtud, que le infamen, sin querer decir contra el beneplácito de Dios una sola palabra para justificarse: este es el verdadero devoto y el perfecto discípulo de Jesucristo. Ahora pregunto: ¿hay muchos verdaderos devotos? ¿Podemos nosotros contarnos en este número? Responda cada uno, y reconózcase tan poco aprovechado en la devoción, cuanto esté lejos de esta perfección.

XXIII

La devoción no es menos amiga de la mortificación que de la humildad; y aun, a bien entenderlo, la humildad es la rama principal de la mortificación, teniendo por objeto hacer morir el hombre a la estimación de sí mismo, y al amor de su propia excelencia. Las otras dos ramas son mortificar el afecto desordenado que tiene a su carne, y la inclinación natural que le conduce a hacer en todo su voluntad y a referirlo todo a sí propio.

El verdadero devoto no transige más con estos últimos objetos que con el primero. Está persuadido de que Dios le pide sobre todo la mortificación, porque la oración es mas bien obra de Dios que no suya: y toda la devoción está comprendida en la práctica de la oración y de la mortificación. Cuanto mas adelanta en una y otra, es tanto más devoto y por el contrario. Viene, pues, a hacerse un pacto entre Dios y el alma que le está dedicada. Dios por lo regular se encarga de la oración y encomienda al alma la mortificación: sin que por eso se diga que la mortificación no ayuda al alma, así como el alma coopera también a la oración; pero la oración es principalmente obra de la gracia, y la mortificación lo es de la voluntad.

La mortificación de la carne es indispensable por dos razones principales; la primera, porque el amor desordenado de nuestro cuerpo, el anhelo de los placeres sensuales y la aversión a todo lo que causa dolor, son origen de un sinnúmero de pecados, y la segunda, porque el hombre animal o carnal nada comprende de las cosas que son del espíritu de Dios, y no experimenta ningún gusto por ellas.

Así cuando un alma se entrega a Dios, la primera cosa que le inspira es el deseo de la mortificación exterior. Las que permanecen indiferentes o tibias en este punto no son

verdaderamente devotas. Durante el primer fervor se siente el alma inclinada mas bien al exceso contrario, e iria mas allá, si no la detuviesen los consejos de un sabio director.

Lo que tiene de esencial ese estado es no permitirse jamás cosa alguna con la única mira de satisfacer a los sentidos; no buscar placer alguno, aunque inocente, porque deja de serlo cuando uno se apega a él y se deleita en él; regular de tal modo lo que en justicia debe concederse a las necesidades del cuerpo, que no se traspasen los límites de lo suficiente. Y como estos límites no tienen una medida absolutamente determinada, por librarse de inquietudes, y no exponerse a equivocaciones dañosas en este punto, conviene rogar a Dios con instancia que nos dirija él mismo, y seguir con gran docilidad los conocimientos que nos comunique. En este punto, como en todos los otros de esta naturaleza, Dios concede el espíritu de sabiduría y de discreción a los que se lo piden, con tal que tengan buena voluntad.

Ninguna cosa dispensa de este género de mortificación, que mejor debe llamarse templanza y sobriedad. Pero no sucede lo mismo tratándose de austeridades. La edad, la delicadeza de complexión, son razones legítimas de dispensa: los grandes trabajos de espíritu o de cuerpo pueden suplir por ella; asimismo hay ciertos tiempos en la vida espiritual, en que, para quitar al alma probada todo apoyo, Dios imposibilita su ejercicio, no dando fuerzas para practicarlas, o a lo mas solo las permite muy ligeras. El verdadero devoto está resuelto en lo tocante a este punto a hacer lo que conozca ser la voluntad de Dios, a tomar consejo para asegurarse de ella, y a sujetarlo todo a la obediencia. Sobre esta materia hay tratados enteros, en donde se hallarán pormenores, que omito aquí, por no creer necesario insistir sobre ello.

XXIV

La mortificación de la voluntad es mucho más importante, de mas extensión, y en la práctica más difícil, que la de la carne. No conoce límites, ni excepciones; jamás debe suspenderse, y no debe temerse exceso en esto. Si me fuese preciso exponer todos los géneros de muerte por donde debe pasar la voluntad, para llegar a estar absolutamente entregada a la voluntad de Dios, y no ser sino una misma cosa con ella, habría materia para una obra larga; y así me contentaré con decir que estas muertes son diferentes según los designios que Dios tiene sobre las almas, y de que no es fácil forme idea quien no se halle en el caso de experimentarla.

Acordaos que ser devoto es estar dedicado a Dios, y por consiguiente no debéis en todo tener otra voluntad que la suya. Digo *en todo*, y solo Dios puede saber hasta dónde debe esto entenderse, pues que la criatura le entrega a su voluntad cuando se dedica a él a fin de que disponga de ella según su beneplácito. Es menester, pues, para esto que esté resuelta a morir aquí, y a cooperar con Dios en todo lo que haga o permita con la mira de destruirla.

Con todo no os asusteis, ni conviene dar curso a la imaginación sobre cosas que tal vez no sucederán jamás. Esperad en paz que Dios manifieste sus designios: no preveáis nada, no toméis nada, no desecheis nada, y tampoco os ofrezcais para nada en particular. Dejadle obrar, pues es infinitamente sabio, conoce los resortes más secretos de vuestra voluntad, y sabe como debe manejarla para atraerla a sus fines.

Comúnmente comienza por las cosas más fáciles, después pasará por grados a otras que os costarán más; y así os conducirá, si lo juzga a propósito, a los mayores sacri-

ficios. Pero lo dispondrá todo con tanta fuerza y suavidad; preparará vuestra voluntad de tal manera, que irá resistiéndole siempre menos, hasta que finalmente perderá casi la fuerza de resistirle. Todo lo que vos podréis darle por vuestro libre consentimiento, él mismo os inclinará suavemente a concedérselo; y lo que no podáis darle, os inducirá a dejárselo tomar, en virtud de la donación absoluta que de vos mismo le habéis hecho. La marcha que Dios guarda en esto de ordinario es la siguiente: primeramente solicita del alma un consentimiento general e indistinto para todo cuanto sea de su gusto disponer de ella. Una vez dado este consentimiento, desarrolla sus intenciones particulares, ya sea por los acontecimientos de su providencia, y las circunstancias particulares en que pone al alma, ya por las tentaciones y pruebas a que la expone, proporcionando sus gracias y socorros a cada situación. El alma que así se halle no tiene más que hacer de su parte, que doblegarse conforme vengan las cosas bajo la voluntad de Dios. Al principio se conforma con ella con repugnancia y después de muchos combates; en seguida con entera y pronta sumisión, y al fin con alegría. Llega hasta no experimentar ninguna resistencia interior sea por lo que fuere, a no desear nada, a no temer nada, a permanecer en una santa indiferencia para todo, con tal que la voluntad de Dios se cumpla en ella. Entonces ha llegado al más alto grado de conformidad; hallándose su voluntad, no solamente unida a la de Dios, sino tan deseosa de cumplirla siempre, como si la voluntad de Dios y la suya fueran una sola.

He aquí el termino de la mortificación interior, que lo es al mismo tiempo el de la devoción. Si a ese término no se dirige, no es una verdadera dedicación, o al menos es una devoción muy imperfecta. Humillémonos y confundámonos; porque tal vez nos creemos devotos, y todavía no tenemos ni verdadera idea de la devoción. Los que son

de Jesucristo, dice san Pablo, crucificaron su carne y la clavaron a la cruz a ejemplo de su Señor. ¿Está crucificada nuestra carne como lo ha sido la de Jesucristo, no sólo en su pasión, sino durante todo el curso de su vida? «Los que pertenecen a Jesucristo, dice el mismo Apóstol, ya no viven para sí mismos, sino para aquel que murió y resucitó por ellos.» ¿Hemos llegado a este punto? ¿trabajamos a lo menos para llegar a él? ¿Jesucristo es nuestra vida? ¿Su voluntad es la nuestra? ¿Concebimos lo que no es vivir más para sí, sino para Jesucristo?

San Ignacio, yendo al martirio, decía: «Ahora comienzo a ser discípulo de Jesucristo». El amor de su Señor lo consumía; ardía en el deseo de ser molido por los colmillos de las bestias; y con todo no se atrevía a decir: yo soy un discípulo de Jesucristo; sino comienzo a serlo: todavía no estoy sino en los primeros elementos; y según lo decía, así lo pensaba con toda sinceridad. ¡Y nosotros creemos hacer bastante, hacer más de lo que es menester por Jesucristo; creemos casi tocar a la perfección!... Otra vez digo: humillémonos. Los Santos tenían sobre la devoción un modo de pensar bien diferente del nuestro: no se lisonjeaban de ser devotos; este título hubiera ofendido su humildad; se ejercitaban, decían ellos, para serlo; creían estar en los principios, y esto al fin de su carrera.

XXV

La devoción es uniforme e invariable; porque es una adhesión permanente del corazón a Dios, adhesión que es independiente de todas las vicisitudes de la vida espiritual. Es siempre la misma tanto en las sequedades como en las consolaciones, lo mismo en la turbación de las ten-

taciones que en la calma de la paz, en la privación como en el goce, en el desamparo de parte de Dios como en los favores de la más íntima unión. De cualquier modo que Dios me trate, dice el alma devota, siempre él es quien es, y merece ser igualmente servido: mi dedicación no debe cambiar, pues que es inmutable el que es su objeto.

La devoción es simple, y no tiene sino una sola intención. Dios sólo es su divisa. Se aplica a purificar sus motivos, elevándose sobre todo, por no ver más que a Dios y a su voluntad. No hay en ella una mirada doble sobre Dios y sobre sí misma. El alma devota se ve, pero en Dios y en su beneplácito, que para ella es todas las cosas.

Es fervorosa, esto es, siempre determinada a hacer y a sufrir todo lo que es del agrado de Dios, por más trabajo que le cueste. Porque no llamo fervor a los transportes pasajeros que produce en el alma una gracia sensible. Los principiantes se engañan en esto creyéndose capaces de todo mientras los tienen, y convidan a Dios a que haga la prueba; pero en cesando este afecto sensible de la gracia, cambian al instante de lenguaje, y sienten toda su flaqueza. El verdadero fervor reside en el fondo de la voluntad, y subsiste en tanto que ésta no se abandona a la tibieza, a la flojedad y a la pesadez; en tanto que conserva el mismo ardor, el mismo ánimo y la misma actividad.

Es fiel y lleva la atención y exactitud hasta una extremada delicadeza, pero sin escrúpulo ni ansiedad; fiel en las cosas pequeñas como en las grandes; fiel en lo que es de perfección como en lo que es de obligación; fiel a la menor señal como a un mandato el más expreso. Su principio, del que jamás se desvía, es no tener ninguna cosa por pequeña en lo que toca al servicio de tan gran Señor, cuya voluntad sola da el precio a las cosas, y a quien no se puede mejor testificarle el amor que se le tiene, que yendo adelante de lo que él desea, sin esperar una orden precisa.

Es sabia y está siempre atenta a conducirse por el espíritu de Dios, sin ser inconsiderada, ni indiscreta, ni excesiva; es amiga del orden haciendo cada cosa a su tiempo, y a propósito; conociendo cuánto conviene tener firmeza, o condescender con la flaqueza de otro; atenerse a sus prácticas, o dejarlas por un instante en favor de la caridad.

No escucha la imaginación, que es el escollo de la mayor parte de las personas piadosas, que las perturba, las desconcierta, las forja mil vanos fantasmas, las hace sin cesar emprender un camino, y luego abandonarlo; las sujeta a tantos caprichos, a la ligereza y la inconstancia. Pero considera como un punto muy capital despreciarla y domarla. Por este medio adquiere una grande paz, una igualdad de humor que no se desmiente nunca, una serenidad de alma que se demuestra en lo exterior, y hace conservar un rostro alegre en medio de las situaciones más enojosas.

XXVI

Es dócil, y no está apegada a sus ideas, que somete sin pena a los que tienen autoridad sobre ella, sacrificando su propio juicio aunque esté persuadida de su exactitud; obedeciéndoles a pesar de las mayores repugnancias; no permitiéndose ejercicio alguno que no tenga la aprobación del superior, y no mudando nada en el modo de vivir ordinario, sin haber tomado antes su consejo.

No se juzga a sí misma jamás, ni en mal por no caer en desaliento, ni en bien por no exponerse a la presunción: se precave igualmente de la falsa humildad, que nunca está contenta de sus adelantos, y siempre tiene algo

que reprobar en todas sus acciones, y de la falsa confianza que aplaude todo cuanto hace, y se lisonjea fácilmente de su aprovechamiento; piensa por el contrario que es más conforme a la humildad y más seguro no mirarse a si, ni pronunciar sobre su estado, sino dejarse juzgar por aquellos que están encargados de su dirección, y creerlos con la misma sencillez, ya sea que aprueben, ya que condenen su conducta. La verdadera devoción, que es severa para sí misma, es indulgente para los planes de reforma. Sus propios defectos la ocupan demasiado para que pueda detenerse a notar los ajenos, los cuales o no los ve o los excusa, o si no puede excusarlos, calla; o, en fin, no habla de ellos, y para el bien de las personas interesadas.

Es enemiga declarada de andar en corrillos, donde todo se nota, de partidos, cábalas y asociaciones exclusivas. Esto no quiere decir que no sepa hacer elección de las personas con quienes pueda trabar una santa amistad, y hablar confidencialmente de las cosas de Dios. Pero estas uniones recíprocas son obra de la gracia: nada tienen de afectado, nada de misterioso, nada que demuestre menosprecio de los otros, como si fuesen indignos de ser admitidos en su sociedad. Mucho menos se ocupa en formar bandos para ensalzar a tal predicador, o a tal director, rebajando a los otros. Este espíritu de partido caracteriza la falsa devoción, y la verdadera piedad lo repugna.

XXVII

Por lo que acabo de decir se ve que uno de los grandes objetos de la devoción es refoirmar el carácter de cada uno; y estos es en efecto lo primero a que nos inclina, abriéndonos los ojos para ver nuestros defctos, sobre los

que estamos demasiado ciegos; dándonos deseos de vencerlos, ánimo para atacarlos, y esperanza de triunfar de ellos, con el auxilio de la gracia.

Nadie ignora que no hay ningún carácter tan cabal que no esté sujeto a algún defecto; y que las mejores calidades naturales están siempre muy expuestas a ser vicio. La mansedumbre degenera en debilidad, laxa complacencia, e indolencia. La firmeza nos expone a la terquedad, a la dureza, a la obstinación; el alma circunspecta es frecuentemente cobarde, desconfiada, espantadiza; el alma resuelta, por lo contrario, emprendedora, presuntuosa y temeraria. Lo mismo sucede con las otras cualidades, las que rara vez son enteramente puras, y casi siempre andan mezcladas de bien y de mal.

La sola razón no hará jamás de ellas una perfecta separación, pues no es bastante sutil para discernir los matices delicados que separan las buenas y las malas cualidades; ni bastante justa para adoptar un medio entre los dos excesos, ni bastante dueña de sí misma para mantenerse constantemente en él: ni menos puede aun conciliar y asemejar dos cualidades que parecen opuestas. Esto no puede ser sino obra de la gracia, cuya luz es infinitamente más penetrante y segura que la de la razón, y que alumbrando el espíritu, anima y sostiene la voluntad en una empresa en que se trata de refundir la naturaleza misma del hombre.

Cuando hablo de refundir la naturaleza no debe imaginarse que el carácter se cambia en otro opuesto. El fondo de cada carácter es bueno, ¿para qué, pues, ha de cambiarlo la gracia? Este fondo, pues, permanece; pero desaparece lo que el amor propio le añade de vicioso, y lo que tiene de bueno se perfecciona. Cada cualidad moral pierde lo que tiene de demasía y adquiere lo que le falta; júntase todo en uno, y de su temperamento resulta la virtud perfecta. A mas la devoción eleva a una región a donde

no alcanza la naturaleza las cualidades morales, y las comunica un *no sé qué* de divino, que las ennoblece y santifica.

Por lo tanto es menester confesar que rara vez el trabajo del hombre, por mas que esté ayudado de la gracia, lleva semejante obra a la última perfección; y que, aun en los varones mas santos, siempre queda de ordinario algún defecto, o algún exceso que está asido al carácter primitivo, como puede notarse en los escritos de san Cipriano, de san Jerónimo y de muchos otros.

Pero cuando Dios emprende por sí mismo la obra, y con esta mira toma posesión de un alma, y la pone en la via interior, si esta alma es fiel, el recogimiento habitual, la oración y las pruebas la purifican radicalmente, y hacen pasar su carácter por un crisol que la limpia de toda mezcla. Esa alma se hace semejante a una cera blanda, puesta en manos del grande Artífice, quien la maneja y labra a su gusto, haciendo en ella unas mudanzas tan profundas como delicadas. Todo parece sobrenatural en su carácter, en el que no se ve nada de humano; ninguna calidad buena excede o sobrepuja a otra, sino que todas andan en perfecta consonancia. Tales han sido san Agustín y San Francisco de Sales. ¡Qué devoción tan amable la suya! ¡qué caridad! ¡qué conformidad! ¡qué admirable igualdad de alma tanto en su vida y en su conversación, como en todas sus obras!

XXVIII

Achácase a la devoción que apoca el espíritu. Los que así la baldonan, no la conocen; párense en las pequeñeces y minuciosidades de ciertos devotos y devotas, y atri-

buyen a la devoción los defectos de los que la conciben y practican mal.

Supongamos un hombre o una mujer cualquiera, que mira y practica la devoción tal cual la he definido y expuesto, y veamos si les estrechará el espíritu. Pero ¿a qué cansarse? ¿Se necesitan por ventura muchas reflexiones y razonamientos para convencerse de que el único fondo de donde pueden sacarse las ideas verdaderas, las ideas grandes y justas sobre los objetos mas interesantes para el hombre, es el de la devoción, la que, a los conocimientos que proporciona la pura y sana razón, añade las luces mas sólidas, mas seguras y mas sublimes de la revelación? Ninguna cosa es grande sino la verdad, y la verdad es Dios: es todo lo que emana de Dios, y todo lo que tiende y termina en Dios.

¿Cómo, pues, un espíritu, que en lo que está a su alcance, y es concerniente a sus deberes, mira como una obligación consultar a Dios, y conformar sus ideas y juicios con las ideas y juicios de Dios, cómo, digo, puede ser apocado? ¿Por ventura no es Dios «el Padre de las luces?» No es el Verbo eterno «la luz verdadera que alumbra a todo hombre que viene a este mundo?» Y ¿se quiere que un espíritu que toma a esta luz por regla y por guía se haga pequeño y apocado? No hay absurdo ni contradicción que pueda compararse con esta.

He dicho que la devoción nos instruye de todo cuanto está a nuestros alcances, y en lo que concierne a nuestros deberes; porque no tiene necesidad de extenderse a mas. Acomódase a la capacidad de los sencillos e ignorantes, y les suministra todo lo que basta para conducirse bien. El verdadero devoto, sea cual fuere la extensión de su espíritu y la educación que haya tenido, tiene siempre mas razón, mas buen sentido, mas penetración y exactitud que si no lo fuese. Esto es incontestable, y yo no pretendo mas. Pero, si un hombre de gran ingenio, cultivado por

una educación excelente, se da a la devoción; si en sus meditaciones y estudios tiene un espíritu sereno, libre de preocupaciones y pasiones, no buscando mas que la verdad, y buscándola únicamente en Dios, yo sostendré que en sus investigaciones pasará tan adelante, cuanto los límites de su entendimiento pueden permitirlo; que juzgará de las cosas mas dificultosas y delicadas con tanta seguridad cuanta puede esperarse de una razón que no es infalible, y que sus talentos adquirirán todo el desarrollo de que son susceptibles.

San Agustín era devoto; conocía y practicaba excelentemente la religión: y ¿era acaso un espíritu apocado? ¿Se conoce algún otro que haya tenido mas extensión, mas elevación ni mas profundidad? ¿Hubiera llegado a adquirir unos conocimientos tan profundos, tan exactos y penetrantes si se hubiese limitado al estudio de la elocuencia y de la filosofía profana? Juzguemos de ello por lo que nos cuenta él mismo en sus Confesiones. Hasta la edad de treinta años se había entregado al estudio de todo género de ciencias, y con un ardor infatigable había buscado la verdad por todas partes menos en la Religión. ¿La había encontrado? ¿Su espíritu inquieto había descansado en ella? ¿La había profundizado y desarrollado, como lo hizo después, cuando habiéndose entregado a Dios, no conoció casi otros libros que las Santas Escrituras, y cuando, para entenderlas bien, imploró el auxilio divino por medio de una oración continua?

San Juan Crisóstomo era devoto. ¿Marchitó la devoción su bello ingenio y su talento tan feliz para la elocuencia? ¿Por ventura no añadió a él esa nobleza de ideas, esa exactitud de buen sentido, esa profundidad de filosofía que se admira en sus discursos, y de la que ciertamente no fue deudor a las lecciones de Libanio su maestro? ¿Habría sido tal si hubiese seguido a ese sofista que lo destinaba para su sucesor, si los cristianos no se lo

hubiesen arrebatado, según de ello él mismo se lamenta? Comparad los escritos de uno y otro, y fallad. Podría decir otro tanto de todos los Padres de la Iglesia, que debieron a la devoción el haber sido los mejores ingenios y las lumbreras de su siglo.

La devoción, pues, no solamente no apoca el espíritu, sino al contrario le da toda la extensión, toda la solidez, toda la sagacidad de que es susceptible. Esto se presentará evidente, si se considera la naturaleza de los objetos propios de la devoción, la claridad con que nos presenta los demás, las reglas que nos da para juzgar de ellos, los medios que nos proporciona, y los obstáculos que supera. Exceptuo las artes frívolas y los conocimientos de puro entretenimiento, que la devoción nos enseña a despreciar o a lo menos que no permite entregarse a ellos. Después de esto, pregunto si hay una sola ciencia verdaderamente digna del hombre a la que la devoción, tal como la he definido, no sea útil y aun necesaria para penetrar sus verdaderos principios, y para seguir y desarrollar sus consecuencias. Abandono esto a las reflexiones de mis lectores. Que recorran la filosofía y todas sus ramas, la lógica, la física, la metafísica, la moral, la economía, la política, la jurisprudencia, y que después me digan si hay alguna que pueda poseerse y tratarse a fondo sin la ciencia de la Religión, que es su base. ¿Qué viene a ser la historia, sino un objeto de curiosidad y un simple ejercicio de la memoria si la desprendeis de la Providencia que prepara de lejos los acontecimientos, y que los quiere o permite para fines que son dignos de ella? Y ¿qué otro espíritu sino el alumbrado por una sólida devoción sabrá mirar atentamente la historia bajo la relación que ha tenido, y tendrá siempre con la Religión? Si el gran Bossuet no hubiese sabido mirarla de este modo, su *Discurso* ¿sería tan sublime, tan elocuente y tan instructivo? ¿Seria una obra maestra del entendimiento humano, así por el plan, como por su ejecución?

Si, pues, se llama *espíritu apocado* al verdadero devoto, únicamente porque es tal, porque ama a Dios, y teme ofenderle; porque respeta a la Iglesia, a sus ministros, sus mandamientos y sus decisiones; porque es escrupuloso y delicado en el manejo de los negocios, y en los medios de hacer fortuna; porque tiene piedad, virtud y probidad, no tengo mas que callar, pues no puedo impedir a los que tienen un interés personal en llamar blanco lo que es negro, y negro lo que es blanco.

XXIX

La misma devoción que extiende y rectifica el espíritu, ensancha el corazón y eleva los sentimientos. Este artículo no tiene más necesidad de pruebas que el precedente. Lo que apoca y envilece el corazón es el amor propio, las pasiones, la estimación y el amor de las cosas terrenas. No hay que buscar otra causa de la dureza, de la bajeza, de la injusticia y crueldad sino el egoísmo, que todo lo quiere para sí, todo lo refiere a si, y hace esfuerzos para reconcentrarlo todo en sí mismo. No me nombraréis un solo vicio ni un solo defecto que no brote de esta raíz ponzoñosa.

Mas ¿qué es lo que hace la devoción y qué pretende? Atacar al amor propio hasta en su origen, y perseguirlo hasta extinguirle enteramente, sustituyendo en su lugar el amor de Dios, el del prójimo, y el amor legítimo de sí mismo: restablecer por este medio el corazón en su rectitud primitiva, volver el orden en sus afectos: no sufrir en él ningún sentimiento que no sea de Dios, y que no tienda a Dios, comunicándole una anchura, que, haciéndole salir de sí mismo, extienda su benevolencia a todos los

hombres: comunicarle miras muy superiores a las de la pura humanidad que le interesen en la felicidad y en la desgracia de sus semejantes, inclinándole al alivio de sus males y a felicitarse por sus ventajas como si fuesen propias: inspirarle un noble desinterés, una generosidad modesta y compasiva, desconocida a esa beneficencia fastuosa, que siempre va precedida, acompañada y seguida de la complacencia de sí mismo; volverle, finalmente, toda la capacidad que recibió del Criador, y que no puede ser llenada sino por la inmensidad divina.

¿Qué más pretende la devoción? Volver las pasiones humanas, que se disputan, que se envidian, que se arrancan mutuamente unos bienes frívolos y miserables, cuyo goce no puede dividirse, volverlas, digo, hacia su verdadero objeto que solamente puede contentarlas, y que todas pueden poseer en común: enseñarlas a no amar, a no aborrecer, a no desear ni temer sino lo que Dios y la recta razón quieren que el hombre ame, aborrezca, desee y tema: moral que fielmente practicada, desterraría del universo todo género de crímenes, y arrancaría, por decirlo así, su raíz del corazón humano.

¿Qué pretende, en fin, la devoción? inspirarnos disgusto y menosprecio de las cosas de la tierra, mostrarnos su verdadero destino que es proveer a las necesidades pasajeras de esta vida mortal; convencernos de que son hechas para nosotros, y aun para la parte menos noble de nosotros mismos, y que nuestra alma no se hizo para ellas; presentar a esta alma los objetos sólidos, eternos, inmutables, dignos de su naturaleza, y proporcionados a sus deseos; hacérselos gustar, hacerla desear ardientemente su posesión, y enseñarla los medios seguros de conseguirla.

¡Qué grandeza, qué nobleza, qué elevación de sentimientos en la persona cuya dedicación a Dios la ha penetrado de semejantes verdades! y esto sucede, sea cual fuere su condición y su estado, según el mundo; porque, res-

pecto de esto, la devoción iguala todas las condiciones, y el pobre en su boardilla es mayor que el monarca en su palacio, si tiene más piedad. Los honores y las dignidades no le hinchan, la oscuridad y la dependencia no le degradan. No es insolente en la prosperidad, ni abatido en la adversidad, ni orgulloso y desdeñoso, como el filósofo, en la medianía. Si está elevado sobre los demás hombres por su estado, no ve en ellos sino iguales a quienes debe socorro y protección. Créese inferior a cualquiera siervo de Dios, y, como piensa que no hay uno solo que no sea, o a lo menos no pueda ser mayor que él delante de Dios, de aquí es que su corazón se coloca el último de todos. Si es de condición oscura, lejos de envidiar a los que son de otra más elevada, se felicita y da gracias a Dios por ello. Sí, da gracias a Dios por haber nacido en la indigencia, y, si la gracia le impulsa a ello, se reduce a la pobreza, y aun a la mendicidad voluntaria. Esto lo hemos visto en nuestros días: y este rasgo de grandeza de alma, para quien sabe apreciarlo, ciertamente no es uno de los mas pequeños triunfos de la devoción. Si tiene superiores, a Dios es a quien respeta, a quien ama y a quien obedece en ellos, y su servicio no tiene nada de vil a sus ojos. En una palabra, pues que no quiero agotar esta descripción, si tiene el corazón verdaderamente tan grande que está ya sobre todo lo criado, y no conoce ninguna cosa superior y eminente sino a solo Dios, este es el verdadero devoto.

XXX

Parece que nada falta al retrato de la devoción, y aun que excede en mucho la idea que comúnmente se forma de él. Con todo aun tengo algunas pinceladas que darle.

El verdadero devoto es un hombre que no pertenece ya al tiempo. Desde el momento en que se consagra a Dios es transportado a la región de la eternidad, y no piensa sino en ella, o con espanto, sino con alegría como a su verdadero destino; todo lo mira con relación a la eternidad; tiene de continuo presentes en su imaginación estas palabras de un Santo: «¿Qué tiene que ver el mundo con la eternidad?» ¿Qué me importa lo que pasa? No estoy en este mundo sino como en un lugar de prueba: vine a él para aprender lo que debo practicar eternamente. Estoy destinado a amar a Dios, y a ser feliz para siempre poseyendo a Dios, y este es mi fin. Este número incierto, y muy reducido, de días que pasan por mí sobre la tierra, no se me ha concebido sino con el fin de amar a Dios por elección, para merecer amarle para siempre a título de recompensa. Todo debe ser para mí acá abajo un ejercicio de amor. Pero el amor no aspira sino a dar, a sacrificar, a sufrir por lo que ama y a inmolarse a su beneplácito: no tengo, pues, otra cosa que hacer que esto: he aquí el empleo de todos los instantes de mi vida.

Aquel a quien amo todo lo merece, y todo lo espera de mí. El me amó con un amor eterno, con un amor gratuito y desinteresado, con un amor al cual nunca podrá acercarse el mio por excesivo que sea. Por precio de su amor me pide el mío, y aun cuando no me hubiese amado antes que yo a él, cuando no me prometiese ninguna recompensa, tendría todavía mil títulos para amarle.

La voluntad de Dios es la única regla del verdadero devoto. En todo cuanto le sucede, no ve sino la voluntad de Dios, no se aficiona sino a la voluntad de Dios, la bendice por todo, siempre contento, con tal que esta voluntad se cumpla. Está íntimamente persuadido de que Dios nada quiere, ni permite nada que no se convierta en bien de los que le aman; todo cuanto viene de su mano (que es todo, excepto el pecado) es un beneficio para ella, sobre

todo las cruces, a causa de la semejanza que le dan con Jesucristo, jefe y modelo de las almas dedicadas a Dios.

Todo le sirve para unirse mas y mas a aquel a quien ama; y hasta los obstáculos se le cambian en medios; ninguna cosa le detiene; todo lo vence; todo lo fuerza; quita todos los embarazos que le impiden juntarse a Dios, espíritu a espíritu, corazón a corazón. La unión divina es el móvil de todas sus acciones, y el centro de todos sus deseos. Así todo cuanto ama, no lo ama sino en Dios y para Dios.

No se crea por esto, como algunos falsamente se imaginan, que su corazón sea indiferente e insensible. No hay otro alguno más afectuoso, mas tierno, más compasivo, más generoso ni más agradecido que el del verdadero devoto. Su amor para con el prójimo está modelado sobre el amor infinito de Dios, y no es más que una extensión del que tiene a Dios. Su amor del prójimo es un amor sólido, amor delicado, amor preventivo, amor que ninguna cosa le disminuye, y que al contrario se aumenta con aquello mismo que parece debiera apagarlo. Esto no impide que, en un sentido muy justo, Dios no sea todo para el verdadero devoto, y que todo lo demás sea nada para él; porque Dios es su único bien, el término de sus afecciones, las que no hacen más que pasar por las criaturas para fijarse en Dios.

XXXI

Pero veamos más particularmente qué conducta inspira la devoción respecto del prójimo; porque este es un punto sobre el que mas injustamente se la ataca, y es necesario vindicarla de la malignidad de sus censores.

Digo, pues, que en lo que pertenece al prójimo la devoción tiene todos los caracteres que San Pablo atribuye a la caridad, pues que ella no es otra cosa que el ejercicio de la más pura caridad. Suplico al lector que me siga aquí en el desarrollo de estos caracteres, que haga la aplicación en los devotos que él conoce, y que haga justicia a aquellos en quienes los verá brillar, a pesar de algunas sombras que en ellos mezcle contra su voluntad deliberada la flaqueza humana.

Digo, pues, que el verdadero devoto *es paciente, que todo lo sufre y todo lo aguanta* de parte del prójimo. Este sufrimiento es una de las cosas más necesarias en el comercio de la vida humana, y en la que más se ejercita, porque es de un uso continuo, y el que más contribuye a mantener la paz doméstica. Pues en el interior de las familias, y respecto de las personas con quienes se vive habitualmente es cuando se necesita mas; un marido y una mujer respecto el uno del otro; un amo respecto de sus criados; los padres respecto de sus hijos, y en general los que viven juntos, o que tienen entre sí frecuentes relaciones, las que dan lugar al genio, al humor, a mil pequeños defectos naturales a que se muestren tales cuales son; me atrevo a decir que es más fácil tener paciencia en las grandes ocasiones, en que sostienen los motivos de religión, y el temor de ofender a Dios nos hace estar atentos, que no perderla o a lo menos no dar a entender algún género de incomodidad en el gesto o en las palabras, y en qué sé yo cuántas ligeras ocasiones que se ofrecen a cada instante, contra las cuales no tenemos cuidado de precavernos, y en que las faltas que se cometen no parecen de consecuencia. Con todo, la falta de sufrimiento tiene alguna vez muy tristes resultados. La imaginación se enardece, y nos abulta algunos defectos que en sí son muy poca cosa; el humor se agria; de la simple repugnancia se pasa a la aversión; ya no pueden verse más, ni sufrirse dos que an-

tes eran amigos: todo choca; de las palabras se pasa a los malos procederes, a los escándalos y a las enemistades declaradas. La cosa en sus principios era nada; pero el mal finalmente se hace incurable. En estos casos la devoción sirve mucho, enseñándonos a sufrir las miserias de otro, del mismo modo que queremos se excusen las nuestras.

Es benigno y lleno de bondad; siempre inclinado a obligar: sus bienes, su tiempo, sus talentos, su crédito mas que suyos son de los otros. A cualquier instante que se le busque, cualquier servicio que se le pida, luego que es dueño de sí, está dispuesto a hacerlo; todo lo deja; sacrifica sus mismos ejercicios de piedad, cuando así lo exige el interés del prójimo. No conoce esas vanas ofertas, esas excusas, esas evasivas tan usadas en le mundo, en que, con tal que nada cueste, se demuestra buena voluntad, y se procura hacerlo creer por medio de apariencias. Sus ofertas son sinceras; es esclavo de sus promesas; y cuando tiene que excusarse es de tal manera que llega a persuadir que es para él una verdadera pena no poder conceder lo que se le pide.

De él solo puede decirse que *no es envidioso;* que ve con tanto, y aun con más placer la prosperidad ajena que la propia; que no tiene envidia ni a los talentos, ni al feliz resultado de las operaciones de los otros, ni a los aplausos ni a las recompensas que reciben. Y ¿cómo podría envidiarles aquello que ni siquiera desea para sí mismo? Al contrario, él es el primero en reconocer el mérito ajeno, en alabarlo, en manifestarlo y en hacerlo valer. Tampoco tiene celos de su virtud, ni de su santidad, ni de las gracias que Dios le hace, a pesar de que son los únicos bienes a que aspira. ¡Cuán raro es estar del todo exento del sentimiento bajo de la envidia, tan natural por otra parte al hombre, y del que solo la devoción le exime!...

Nada dice ni hace fuera de propósito, a la ligera, o inconsiderablemente: cosa que es de tanta importancia, y

que tantas consecuencias tiene en la sociedad. Muy superior en este punto a la urbanidad, que no salva sino el exterior, la devoción extiende esta regla a los juicios y afectos de donde parten las demostraciones exteriores, de las que uno no es siempre dueño, cuando no hace atención en lo que pasa en lo interior.

Lejos de *hincharse* por las ventajas temporales o espirituales que le distinguen de los demás, el verdadero devoto ni siquiera fija en ellas su atención; o bien, si piensa, no halla mas que motivos de humillarse; en lugar que el falso devoto hace sin cesar una secreta comparación de sí mismo con los otros, para darse la preferencia y felicitarse *de no ser como los demás hombres.* En cuanto a él, no trata mas que de olvidarse de sí mismo, y los juicios que forma de su persona no tienden sino al propio menosprecio. Aquí está su sentimiento más íntimo.

Nadie está más lejos que él de la *ambición.* Cuanto lisonjean a otros las distinciones y preeminencias, tanto a él le repugnan y fastidian; y piensa tan poco en elevarse, en sobrepujar a los otros y en mandar, que muy al contrario, no gusta sino de rebajarse, de escoger los últimos puestos y de obedecer. Aun está más exento de la ambición espiritual, persuadido de que es más peligrosa, y más odiosa a Dios y a los hombres que la otra: ahoga en su corazón hasta el más pequeño germen de ella, y no deja parecer al exterior cosa alguna que pueda hacer concebir la más mínima idea ventajosa de sí mismo.

No busca los propios intereses, porque siempre está dispuesto a sacrificarlos por el bien de la paz, y por conservar la caridad. Su grande, su único interés es correr bien con todos. No sabe qué cosa es enojo, palabras ásperas, ni humos contradiciente, porque la dulzura acompaña a todos sus discursos, y reina en todos sus procederes. Gusta más de ceder, aun cuando tenga razón, que de sostener con calor su modo de pensar. Nada le lastima, nada

le ofende, *nada le irrita:* diríase que es insensible, y que nada advierte, y esto, aunque por otra parte tenga el sentimiento muy delicado; y nada se le escapa que sea fuera de propósito.

Mientras que el falso devoto se escandaliza y da una siniestra interpretación a todo, *él no piensa mal,* y todo lo interpreta bien; poniendo todo su ahínco en mirar y presentar las cosas por el lado favorable, disminuyendo las culpas verdaderas, y justificando la intención cuando no pueden excusarse las acciones. Como él no tiene malignidad, tampoco la sospecha en los otros; y para creer el mal, es preciso que le fuerce a ello la evidencia.

XXXII

La urbanidad mundana no es más que disimulo: el mundo no da muestras de estimación y amistad sino por ocultar mejor su frialdad y menosprecio; indiferente hasta para los mismos que parece son el objeto de sus caricias, y con frecuencia queriendo mal a aquellos cuyos intereses afecta mas vivamente desear. El verdadero devoto *ama sin ficción;* descubre en su rostro lo que tiene en su alma, y su lengua no expresa sino lo que siente. Su carácter es la cordialidad, virtud tan preciosa, y que el mundo tiene desterrada de su comercio, conservando solamente sus apariencias.

No espera que le prevengan; *él previene a los otros con señales de honor,* olvida las atenciones que le son debidas, y no piensa mas que en las que su caridad le dicta para con el prójimo. Con todo, esto no quiere decir que no sepa sostener su dignidad cuando es necesario, y mantener los derechos de su rango; pero lo hace sin altanería,

sin pretensiones, ni delicadeza excesiva; y por esta razón hay menos tendencia a disputarle lo que le es debido.

La urbanidad no da sino para recibir, y si en alguna ocasión hace ofrecimientos no es sino para que se los vuelvan en otra. Mide y aprecia sus cortesías, y a lo menos exige otras tantas atenciones cuantas son las que demuestra, temiendo siempre que no se le falte, o que no se aprecie lo bastante lo que ella hace. No sucede así con la devoción. Sin derogar nada de lo que pertenece a la condición y estado, sabe mostrarse afable, graciosa y preveniente; se humaniza, se amansa, se reduce, se nivela con aquellos con quienes conversa; sus demostraciones son francas, naturales, sin interés, sin mira alguna que tienda a sí mismo.

La compasión humana muchas veces no tiene sino palabras, y, a lo más, sentimientos estériles: es parcial, inconstante, no tiene mas que el primer ímpetu, y presto se agota. Algunas veces los mismo males que presencia, por ser tan excesivos, le inspiran mas bien horror que compasión; y, si los alivia, no es mas que por un mero movimiento del corazón, y volviendo los ojos a otra parte. Es muy común hacer afectación de humanidad sin ser humano, practicar el bien solo por ser visto; de modo que manifestando para este fin la miseria oculta del prójimo, mas de una vez obliga al miserable que se ha confiado a ella a que se arrepienta.

La devoción no cae en ninguno de estos defectos, porque su compasión se extiende a todos los infelices; y en su corazón *toma parte* en sus males y *en sus necesidades* como si fuesen propias, y las alivia eficazmente, cercenando lo superfluo y aun lo necesario. Ningún género de miseria la desalienta; y cuanto mas es extrema esta miseria, tanto mas procura socorrerla. Acompaña sus limosnas de un aire de interés, de sensibilidad y de ternura que mueve, consuela y arrebata el ánimo de los afligidos. Lle-

na de miramientos por la indigencia vergonzante, la adivina, la ahorra el embarazo de explicarse; con frecuencia le deja ignorar la mano que la asiste, y lo hace con tanto secreto que nadie llega a percibirlo, sin que jamás se le escape una sola palabra sobre el particular.

La caridad hace propias al verdadero devoto las disposiciones interiores del prójimo. *Se goza,* según el consejo del Apóstol, *con los que están gozosos, y llora con los que lloran.* Su alma se reviste de los sentimientos de los que se le acercan, y se afecta de lo que les mueve: y no es esto un puro fingimiento, ni lisonja, ni simple cumplimiento; sino un interés verdadero y profundo de un hermano que toma parte en los bienes y males de sus hermanos, y los mira como propios.

Finalmente, si por una parte se considera lo que la humanidad, la educación y la urbanidad pueden proporcionar de útil, seguro, dulce y agradable en el comercio de la vida humana; y por otra los bienes que proporciona la devoción bien practicada, y los que podría aun proporcionar si estuviese mas generalmente extendida, será preciso confesar que todas las ventajas están de su parte, y que ni siquiera puede compararse lo uno con lo otro. Al verdadero devoto es a quien conviene el elogio de la Escritura, *de ser amado de Dios y de los hombres,* porque sirve a Dios de un modo digno de Dios, y hace a los hombres todo el bien que depende de él; y, si no es siempre amado de ellos, es porque son malos, envidiosos, ingratos, y porque desconocen la virtud y no le hacen justicia.

XXXIII

O el hombre devoto no es tal como debe ser, o es buen

esposo, buen padre, buen amo, buen amigo, buen ciudadano, buen súbdito; porque lo esencial de la devoción consiste en llenar todos los deberes vinculados a estos títulos, y a otros de esta naturaleza. No hay caso alguno en que la devoción autorice para faltar a la más pequeña obligación que resulta de las relaciones de la sociedad natural o civil, y en que no condene severamente al que deja de cumplirla. Aun hay mas; ella sola nos descubre toda la extensión de estos deberes, nos obliga en conciencia a estudiarlos, y en todos tiempos y circunstancias nos hace hallar gusto y placer en cumplirlos.

Comparad en igualdad de circunstancias en cada estado y cada profesión al hombre devoto con el que no lo es: mirad cual es mas instruido, mas asiduo, mas íntegro, mas exacto, mas delicado, mas desinteresado; quién es el que acierta mas en los negocios; de quién el público se queja menos, y de quién está mas contento; echad una ojeada por los puestos mas altos; examinad imparcialmente quién ha cumplido mejor con sus obligaciones, si los partidarios o los enemigos de la devoción. Puede uno ser devoto y tener poco talento; pero no le falta nunca ni celo, ni probidad, ni deseo de hacer bien. Y en este caso las faltas ocasionadas por defecto del genio no deben imputarse a la devoción, si no es ella jamás la que nos inclina a tomar un cargo, un empleo o una profesión para la que no somos a propósito; si nos obliga a hacer todo lo posible para hacernos capaces, y si, en fin, nos compele a dejarlos y desembarazarnos de ellos, cuando el público y los particulares reciben por esto algún daño. No, jamás provienen de la devoción los fraudes, las malversaciones, las injusticias, las violencias, los abusos de la autoridad, la negligencia, el poco trabajo, y todos los resultados de una ignorancia culpable. Todo el bien que se hace debe atribuirse a ella; todo mal le es extraño; y por consiguiente es contra toda equidad hacerla de él el responsable. He

aquí a bulto lo que es el verdadero devoto con respecto al prójimo y a la sociedad.

XXXIV

Por lo que a él toca personalmente, la devoción le hace feliz con la sola y verdadera felicidad que pueda gustarse sobre la tierra; jamás ha sucedido que un verdadero devoto haya tenido motivo de arrepentirse de haberlo sido, ni tal sucederá jamás. Pero me dirán que el devoto se aborrece, se menosprecia, se hace a sí propio la guerra, y renuncia a sí mismo. Lo confieso; pero en esto mismo es en donde él encuentra la paz, la igualdad del alma y la alegría. Es cosa cierta, que nos enseñan la razón y los principios de la fe, y que está demostrada por una experiencia constante y universal, que los bienes de este mundo, sus riquezas, sus honores y sus placeres no pueden contentar al alma, y no hacen mas que irritar su apetito sin saciarlo; que las pasiones son el principal origen de las desgracias que oprimen al género humano; y que para los males inevitables de esta vida, ninguna otra filosofía sino la de la Religión puede ayudarnos a sobrellevarlos, y enseñarnos el uso que debemos hacer de ellos.

Es igualmente muy cierto, y nos lo demuestra la experiencia, que siendo Dios el único bien del hombre, debe ser la devoción el verdadero y solo principio de su felicidad; porque ella es la que le acerca a Dios, y tiende incesantemente a unirle a él; que ella le preserva del pecado que es su mal supremo; que le garantiza de las desgracias que son obra de sus propias pasiones; que, respecto de los otros males, ya sean naturales, o causados por la injusticia o malicia de sus semejantes, ella le enseña a superar-

los por medio de la paciencia, y aun a sacar de ellos maravillosas ventajas; que, por lo tocante a las tentaciones, pruebas, y otras penas sobrenaturales, le persuade también que estos no son males, sino verdaderos bienes, que son remedios que expian sus pecados, o le preservan de ellos, que son ocasiones de practicar la virtud y medios que le santifican, y le disponen para la divina unión. De este modo la devoción eleva al hombre sobre todos los accidentes humanos, sobre todas las vicisitudes de la vida espiritual, sobre sí mismo, y le establece en una paz inalterable.

Por otra parte, Dios que es rico en misericordia, y que nunca deja vencerse en liberalidad, se dedica, si es lícito hablar así, a aquel que le está dedicado; le trata como a hijo; le cuida como a la niña de sus ojos (expresión de que se sirve él mismo); le prodiga sus socorros, sus consuelos, sus favores; en una palabra, se aplica a convencerle por medio de testimonios los mas irrecusables y los más íntimos de que todo se gana sacrificándoselo todo, y que la suprema dicha de la criatura no se encuentra sino en la pérdida de todo otro bien y de sí misma, para asegurarse la posesión del bien infinito.

No me acuséis aquí de mentira ni de exageración: al contrario creed firmemente que todo cuanto llevo dicho es menos de lo que es en sí mismo. En apoyo de esta verdad tenéis la deposición unánime de los santos Padres: consultadlos. Tenéis sus escritos, leedlos, y veréis si dicen menos que yo. No hay uno solo entre ellos que no haya testificado que era feliz sirviendo a Dios, que antes no había podido conseguirlo, y que es el único medio de serlo.

Si me decís que vosotros no gozáis de esta felicidad, a pesar de que lleváis ya muchos años de servir a Dios, esto consiste en que no le servís con la misma devoción que lo hacían los Santos; consiste en que en la vuestra hay bastante negligencia, flojedad y reserva; consiste en que os

buscáis a vosotros mismos, en lugar de buscar a Dios, y en que el amor propio tiraniza vuestro corazón por medio de temores, de deseos, de vanos pesares y de falsas prevenciones; por medio de murmuraciones y rebeldías interiores, y por las resistencias que él opone en vos al reino del amor de Dios.

XXXV

Si me pedís un modelo de la más perfecta devoción, ¿qué otro podré proponeros sino aquel que nos fue dado a todos en la persona de Jesucristo? Escuchad a este divino Maestro; estudiad su conducta, pues no vino a la tierra sino para enseñarnos en qué consiste, o qué cosa es dedicarse verdadera y enteramente a Dios. Todas las lecciones de su celestial doctrina se reducen a esto; y toda su vida no fue sino una dedicación la más absoluta practicada del modo más excelente.

En el mismo instante que entró en el mundo, se dedicó a Dios su Padre en calidad de víctima, para reparar los ultrajes hechos a su gloria, y reconciliar con él al género humano. Desde este momento le fue ofrecida la grande y pesada cruz que debía llevar, cruz que abrazaba todo el curso de su vida, y debía ir en aumento haciéndose mas dura e insoportable desde el pesebre hasta el Calvario. Nuestro divino Salvador reunía en un grado incomprensible todos los géneros de sufrimientos y de oprobios que puede llevar una alma sostenida con toda la fuerza de la divinidad; ella debía sufrir todos los azotes de la divina justicia, e igualar y aun sobrepujar todas las penas debidas a las enormes e innumerables iniquidades de los hombres. Su alma, infinitamente ilustrada con la luz divina,

midió la extensión de esta cruz, conoció distintamente todos sus rigores, previó y presintió sus inexplicables tormentos, y la aceptó con toda la sumisión, con todo el amor, y toda la generosidad de que era capaz un Hombre-Dios. Siempre la tuvo presente en su espíritu; siempre fue muy cara a su corazón; apresuró continuamente por medio de sus deseos la consumación de su sacrificio; y la vehemencia extremada de estos deseos fue tal vez el mayor de sus tormentos. Porque, por grandes que hayan sido estos, su amor iba incomparablemente más allá, y le hacia desear, sufrir aun mas, si fuese posible, para gloria de su Padre y para nuestra salvación.

He aquí el sublime, el divino modelo de la dedicación: he aquí la expresión mas justa, la sola verdadera de lo que Dios merece de nuestra parte, y del servicio que le debemos. Solo, pues, mirando a esta maravillosa dedicación se digna contentarse de la nuestra tan débil, tan imperfecta y tan indigna de su suprema majestad. Nuestra dedicación por grande que sea, y pueda concebirse, no tiene de sí misma precio alguno; es insuficiente para expiar la mas ligera de nuestras faltas, y para merecernos el mas pequeño grado de gloria. No ha habido jamás sino una sola dedicación que fuese agradable a Dios por sí misma, que es la de Jesucristo; Dios no acepta mas que esta, ni mira mas que a esta, de la que la nuestra toma todo su valor.

Levantemos, pues, nuestros ojos a este perfecto y único ejemplar, y penetremos ante todo de esta gran verdad, que Dios es de tal manera superior a nosotros, o por mejor decir, que Dios de tal modo es todo, y nosotros de tal modo somos nada, que nos es imposible aun por la dedicación mas extensa y mas generosa que se puede imaginar, no digo solamente de llegar hasta donde tiene él derecho de esperar de nosotros, sino ni siquiera de poder hacer nada que atraiga una sola de sus miradas, y nos

haga dignos de la mas ligera demostración de su benevolencia.

En seguida, después de habernos humillado y anonadado profundamente, roguémosle que nos inspire por sí mismo un acto de dedicación que se digne aceptar, que nos conceda que este acto sea producido por todo el amor de que es capaz el corazón del hombre, y que nos sostenga por la fuerza de su gracia, en el cumplimiento fiel y constante de todos los sacrificios que en él se encierran. En fin, por lo mismo que no somos sino una nada por lo que hace a nuestra naturaleza, y no mas que pecado por lo que hace a la voluntad, y que en nosotros no hay bien alguno que no sea un don de Dios, unamos nuestra dedicación con la de Jesucristo; conjuremos a este divino Salvador para que se digne comunicarla alguna partecita de los merecimientos de la suya, presentarla a su Padre con la suya, y empeñarle por medio de su todopoderosa mediación a aceptarla.

XXXVI

El punto esencial consiste sin duda en concebir bien el acto de dedicación, y en formarle dentro del corazón con absoluta y entera voluntad: porque todo depende de conocer la naturaleza y las cualidades del empeño que contraemos para con Dios, y de abrazar con generosidad todas sus obligaciones. Puede muy bien decirse aquí que este buen principio es la mitad del todo.

Pero esto no es mas que la mitad; es menester venir a la ejecución, y saber cuáles son los medios de conseguirlo. No satisfaré plenamente ahora a esta cuestión. Esto será materia de otro escrito que seguirá al presente, bajo el tí-

tulo de *Máximas espirituales,* en el que espero decir lo bastante para poner a los principiantes en camino. Con todo, propongo aquí tres medios generales, los que llevarán muy lejos a los que los pongan en práctica.

El primero es tener siempre presente en el espíritu su dedicación, a imitación de Jesucristo. El instante en que uno se dedica, sea en la oración, sea en la comunión, es un momento de fervor y de gracia fuerte y sensible. El alma entonces, por decirlo así, es levantada de sí misma, y transportada en Dios. Pero este momento pasa presto; el fervor decae; la impresión sensible de la gracia se disipa, y el alma vuelve en sí, y entra en su estado ordinario. Mil cuidados inevitables que la disipan, le harían perder de vista el empeño que acaba de contraer, si no tuviese cuidado de traerlo a la memoria, de renovarlo y de hacer de él un recuerdo habitual. Este recuerdo la despierta, la sostiene, reanima su languidez, excita su ánimo, confunde su cobardía, y es al mismo tiempo un freno que la detiene, y un estímulo que la hace adelantar.

El segundo medio es portarse en todo, a ejemplo de Jesucristo, como una persona dedicada a Dios: a saber, no disponer mas de sí mismo, no formar miras ni proyectos, sean de la naturaleza que fueren, sino dejarse entre las manos de Dios, y no emprender nada sino por la inspiración de su gracia. Y como Dios no falta en hacer conocer su voluntad al alma que está determinada a cumplirla, no debemos permitirnos ni temor, ni deseo sobre otros objetos que los que son materia de nuestra dedicación; temiendo sin cesar todo lo que podría apartarnos de ella, y deseando ardientemente ser siempre fieles a ella. Y en adelante considerarse como quien está bajo la solicitud especial de la Providencia; abandonar a Dios el cuidado de nuestro interior, sin inquietarnos, sin reflexionar demasiado sobre nuestro estado y sin buscar curiosamente las razones de lo que nos sucede; recibir con igual recono-

cimiento lo que nos consuela, y lo que nos aflige, lo que nos perturba, y lo que nos tranquiliza, lo que nos contradice, y lo que nos acomoda, lo que nos abate, y lo que nos ensalza; creer sin titubear que Dios no tiene otra mira en todo sino nuestro mayor bien, y que, con tal que nos mantengamos unidos y sumisos a su voluntad, las cosas mas contrarias en la apariencia se convertirán en ventaja nuestra.

No es cosa de un día, sino de toda la vida el ejercicio de dejarse llevar de este modo en todos los acontecimientos, ya sean temporales, ya espirituales. Uno es aprendiz mucho tiempo en esta ciencia antes de llegar a ser maestro, y no llega a hacerse hábil sino después de muchas faltas reiteradas por las cuales se humilla y se corrige. Pero es indispensable entrar desde luego con esta disposición general, sin la cual no hay verdadera práctica de la dedicación.

El tercer medio es tener siempre los ojos fijos en Jesucristo, para copiarle y hacerle patente en nuestra conducta interior y exterior; suplicarle que dibuje por sí mismo en nosotros su imágen; y ponernos en su mano como una tela inmóvil y bien extendida, dispuesta a recibir todos los rasgos de este adorable original, al cual él añade en seguida los colores, y las pinceladas más delicadas, cuando nosotros no ponemos en ello ningún obstáculo.

Así como Dios hizo el mundo material por medio de su Hijo, del mismo modo hace por él el mundo espiritual y sobrenatural; y este mundo no llega a ser tal cual debe, sino por la semejanza con Jesucristo. Los Santos del Antiguo Testamento lo figuraron; los del Nuevo no tienen otro modelo, y cuando todas las facciones del Hombre-Dios habrán sido copiadas en los escogidos, según los designios del Padre eterno, entonces el universo se acabará. *A los que,* dice San Pablo, *Dios conoció en su presencia, a estos también predestinó para ser hechos conformes a la imagen de su Hijo.*

FRAGMENTO DEL MISMO AUTOR

SOBRE LA DEVOCION.

MAXIMA

Ya te ocupes en la acción,
O descanses en reposo,
Sea sencillo tu ojo,
Sea recta la intención;
Porque toda devoción,
Que de lo recto desvía,
O la sencillez no guía,
Tenla como perdición.

Si tu *ojo fuere sencillo,* dice Jesucristo, *rodo tu cuerpo será luminoso.* Todos los santos Padres han explicado esta parábola de la pureza de intención, y entendieron que si nuestras miras son puras, nuestras acciones serán también santas. Porque como el ojo es la guía, y en cierto sentido la luz del cuerpo, cuyos movimientos alumbra y dirige; del mismo modo la intención es la luz del alma, que la guía en sus acciones, a las que da el ser de buenas o malas, o las hace morales. Y supuesto que la santidad de

las acciones depende de la pureza de la intención, no hay cosa alguna de que importe mas asegurarnos; pero al mismo tiempo no hay cosa mas difícil de conocer.

La intención es lo mas profundo que hay en el corazón humano. Así para distinguirla en cuanto sea posible, es menester estar acostumbrado a hacer reflexiones sobre sí mismo, a pedirse una cuenta exacta de sus motivos secretos, y a penetrar hasta los más ocultos pliegues del alma; cosa practicada por muy pocos y que no puede hacerse en las cosas sobrenaturales sino con la ayuda de la divina luz, que es necesario imploremos sin intermisión.

La intención es lo que mas procura disfrazarnos el amor propio, por causa del interés que en ello tiene; y por desgracia lo consigue con demasiada frecuencia. Cada uno se engaña a sí mismo y se hace ilusión en una infinidad de cosas, y aunque no se engaña sino en lo que le acomoda, con todo se hace esto con tanta sutileza que apenas lo advierte el engañado. Pocas personas hay de buena fe consigo mismas; y nosotros somos los primeros de quienes debemos desconfiar. Es menester por consiguiente precaverse contra las astucias del amor propio, que en materias de piedad son mas ingeniosas que en otras. ¿Y quién hay que esté continuamente sobre aviso contra este enemigo? ¿Quién se garantiza, no digo siempre, sino ni con frecuencia de sus sorpresas?

Si para conocerse a fondo es necesario discernir el verdadero motivo de los propios procederes, y si, siendo profundamente malos y corrompidos, tenemos tantas causas para disimularnoslo y ocultárnoslo, ¿cuán raros serán los hombres y en particular los cristianos que tengan un verdadero conocimiento de sí mismos? ¿Quién es el que no se lisonjea de alguna virtud que no tiene, o que confiesa todos los vicios y defectos que tiene? Y ¿de dónde provienen todos nuestros errores en este punto, sino de disfrazar nuestros propios motivos e intenciones?